

LA NOVELA FILM

N.º 34

30 cts.



LA PIMPINELA ESCARLATA

LA NOVELA FÍLM

Redacción : Lauria, 10-9
Administración : BARCELONA

Año I



La Pimpinela Escarlata
La Novela Fílm



de la Versión Original

1935

*Interpretación de la película a
cargo de Pedro de Bardala y la
bella artista Dora La Broton*

1935

Impreso en Barcelona, 1935

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96
Administración | BARCELONA

Año I

N.º 34

La Pimpinela Escarlata

*Sugestiva novela cinematográfica
adaptada de la interesantísima obra
de la Baronesa Orczy*

□ □ □

*Interpretación de la película a
cargo de Pedro de Córdoba y la
bella artista Flora Le Bretón*

□ □ □

Exclusiva F. Trián, S. en C.

Consejo de Ciento, 261

Barcelona

LA NOVELA FILM

Registación
Administración / BARCELONA

N. 34

Prohibida la
reproducción

Argumento novela cinematográfica
basada en el interesante obra
de la Baronesa O'Leary

000

Patronato de la película a
cargo de Pedro de Córdoba y la
bella artista Flora de Bostón

000

Exclusión P. O'Leary, S. en C.

Consejo de Ciento, 201

Barcelona

LA PIMPINELA ESCARLATA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

La Francia del viejo régimen presentaba los más violentos contrastes. De una parte; una nobleza frívola, licenciosa y descuidada, y de la otra; la olvidada plebe, hambrienta y sin esperanzas, al borde de la desesperación...

Los próceres eran sordos a los gritos de los hambrientos que vociferaban a las puertas de sus mansiones. Su más trascendental ocupación consistía en vestir con elegancia y comer suntuosamente; su único talento, la perfecta destreza para batirse en duelos.

El duque de Marny, con sus disipaciones y frivolidades, encarnaba el verdadero espíritu de su tiempo.

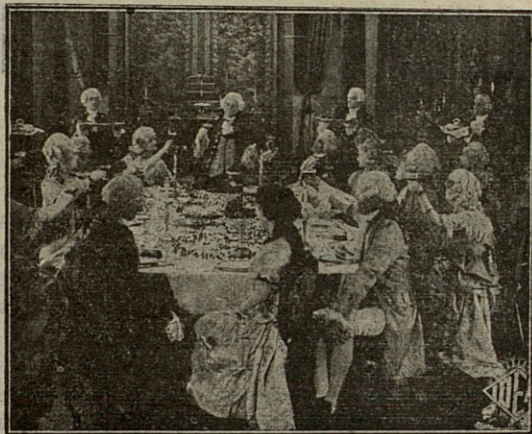
—¿Qué interés tendría la existencia, si no rindiéramos culto a la Juventud y a la Belleza, mientras podamos?—decía, en ocasión de un banquete espléndido, a un viejo amigo.

Y brindó por esas dos gracias que huían de su senectud.

—¿Y el vizconde de Marny? No se le vé esta noche — dijo el amigo al Duque.

—¿Mi hijo?—respondió el anfitrión—. ¡Oh! Prefiere la luz y el bullicio del Café Royal.

—¡Ah!



Y brindó por esas dos gracias que huían de su senectud.

—Su carácter está descrito con sólo dos palabras: despreocupado y temerario.

—Es muy apuesto...

—Ese muchacho es para mí, más que la vida misma. Si algún día le ocurriese una des-

gracia... ¡Bah! No sé a qué vino a turbarme ese negro pensamiento...

—Alegraos con la alegría de vuestra hija. Es hermosa y distinguida...

—Ella es el segundo puntal de mi existencia.

Julietta Marny, la aludida, sin ser muy bella poseía encantos irresistibles y su carácter le valía la simpatía y admiración de todas sus amistades. Su anciano padre y su adorado hermano eran el compendio y fin de su vida.

Trasladémonos al Café Royal.

Mademoiselle Wanton, coqueta, disoluta y voraz, era la primera bailarina del establecimiento. Su tipo pertenecía a todos los tiempos. Su víctima actual era el vizconde de Marny, enamorado perdidamente de ella.

Aquella noche, encontrábase en el Café, Pablo Déroulède, cuya figura — por mérito de su talento — se levantaba por encima de aquella aristocracia de sangre.

Al ver al joven vizconde ofrendar su pasión y ricos presentes a la bailarina voluptuosa, comentó con un compañero de mesa:

—¡Los niños mueren de hambre por las calles, mientras las fortunas son derrochadas de este modo con esas mujerzuelas!

El vizconde de Marny oyó las palabras de Déroulède, y lanzóle un reto.

—¡Esta calificación calumniosa, es infame y baja!

Varios nobles intentaron evitar que la cosa pasara a mayor, más el Vizconde exigía con vehemencia una reparación.

Era indispensable limpiar la afrenta con sangre.

Como Déroulède no conocía a nadie en el Café, sir Percy Blakeney, un inglés de buen temple, gran buscador de aventuras, se acercó al provocador y le dijo:

—Yo apadrinaré a este caballero.

—Muchas gracias... ¿A quién tengo el honor?...—contestó Déroulède.

El inglés mostróle un anillo en cuyo centro había este lema: Audacia.

—Este muchacho es un loco, pero quizás estuve excesivamente duro en mis palabras—reconoció Déroulède, hablando con sir Percy.

A poco, ante la curiosidad de la concurrencia y el feroz instinto de venganza de la coreográfica, se cruzaron las espadas del duelista y de Déroulède, efectuándose el lance con evidente ventaja para el último, que logró desarmar a su adversario.

Pensando que la humillación bastaba, Déroulède dijo al inglés, a quién su nobleza asombrara:

—A Dios gracias, he dado fin al lance sin haberle herido. Podía haberle matado.

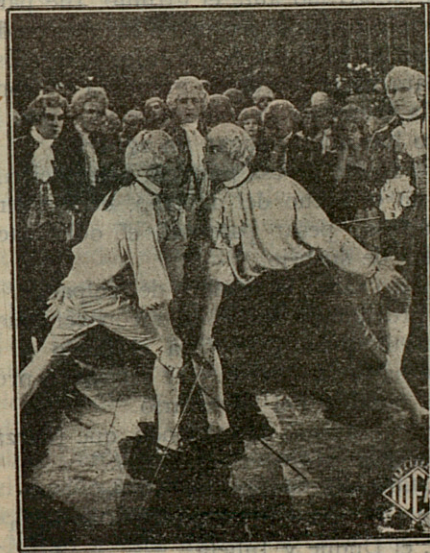
Sin embargo, el Vizconde no se dió por vencido.

—Exijo una completa satisfacción. De rodillas debéis confesar, públicamente, haber calumniado a una virtuosa y noble dama. ¡Sois un cobarde!

—¿Queréis pues otra lección? ¡Por Dios, que no os ha de faltar!

Reanudose el duelo, esta vez sangriento, y la fatalidad ayudó la espada de Déroulède a castigar al osado, matándole.

Sir Percy vió como nadie el dolor que experimentaba Déroulède por la involuntaria muerte que causara al vizconde de Marny.



Reanudóse el duelo, esta vez sangriento...

Los invitados del Duque se habían retirado ya y, en la casa, pasaban lentas las horas esperando la vuelta del ser querido.

Julieta se había retirado a su habitación.

De súbito, los amigos del infortunado Vizconde llegaban con el muerto, y la fatal desgracia llenó de dolor al anciano.

Por más que éste hizo por que Julieta no supiera nada hasta el día siguiente, no pudo evitar que se enterase, y la escena sentimental que se desarrolló ante el difunto, fué patética.

El viejo padre se impuso a sus deseos de llorar ante el cadáver de su hijo, e irguióse altivo para hacer alarde de grandeza en homenaje a la memoria del desaparecido, por haber muerto buscando vengar un agravio.

Pero aparte de esa postrera admiración, germinó en el pecho del anciano, de las semillas del inmenso pesar paternal, el odio hacia el matador de su hijo.

Y quiso saber el nombre del culpable.

El preguntado hubo de reconocer que fué el muerto quien provocara el duelo y quiso batirse hasta la muerte, y se resistió a pronunciar el nombre del adversario.

El viejo insistió de tal modo, que fuerza fué complacerle.

—Se llama... Pablo Déroulède.

Tras esto, quedaron solos en la estancia mortuoria, el Duque y Julieta.

El anciano contempló unos instantes con infinita tristeza el rosario de su hijo, y enconadamente dijo luego a su hija.

—¿Has oído el nombre del que quitó la vida a tu hermano? Pues bien; soy ya viejo, y mi vida durará tal vez muy poco... Tú tomarás

venganza de ese hombre. ¡Júralo sobre el rosario de tu hermano!

Julieta miró el blanquecino rostro del Vizconde, y alzando una mano sobre su rosario, que sostenían las de su padre, prometió:

—¡Te vengaré! Juro provocar la muerte, ruina o desgracia, de Pablo Déroulède, en venganza de tu muerte...

* * *

La delgada capa de hielo sobre la cual aquellos frívolos patinadores de empolvado peluquín, habían piruteado tan graciosamente, se había hundido, sumergiéndoles en las turbulentas aguas de la Revolución.

A la sazón se celebraba el juicio de Carlota Corday, la joven patriota que asesinó al sanguinario Marat, con nutrida representación del pueblo sediento de libertad, igualdad y fraternidad.

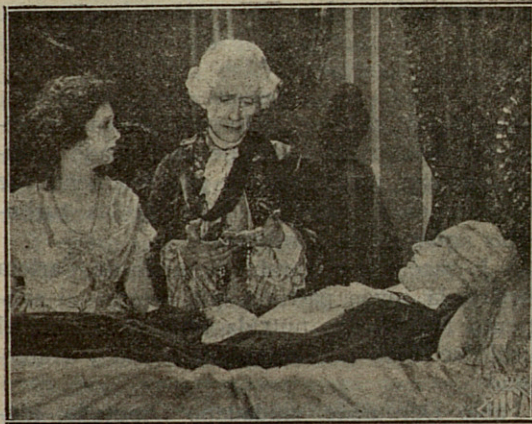
Pablo Déroulède, ciudadano Diputado, ídolo del pueblo fué el único que osó alzar la voz en defensa de la acusada.

—Mirad a esta muchacha, casi una niña... Decidme si puede considerársela consciente del asesinato... Y Marat, a quien ella asesinó— injustamente, según creemos—¿no fué para Francia un tirano ominoso y terrible?

—Dejémosle hablar. Marat mismo dijo de él: "No es peligroso"—susurró un miembro del Tribunal Popular a sus compañeros.

Déroulède buscó el favor del pueblo, y a él se dirigió.

—El Comité dirá: “Esta muchacha mató a Marat”. Es cierto; pero yo acudo a vosotros y os digo: sois humanos, sois conciudadanos y fué por vuestra libertad, tal como ella lo entendía, que hizo esto.



El anciano contempló unos instantes con infinita tristeza el rosario de su hijo...

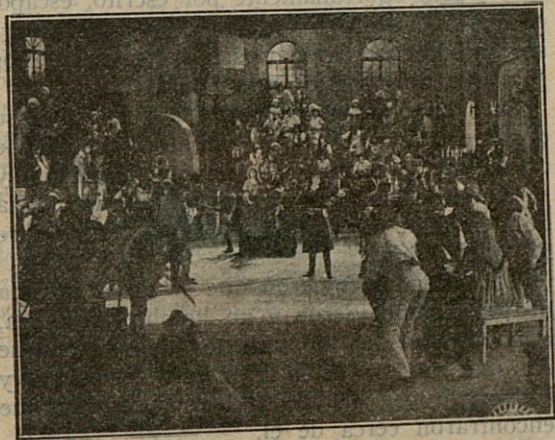
—El Comité protestó contra la defensa, y el pueblo, inquieto y absurdo, apoyaba al Tribunal. Los soldados protegían a la detenida, para librarla de las garras de los revolucionarios.

—Vida por vida, decís vosotros, Jueces...

pero yo os digo que no se salva la sociedad derramando sangre por otra sangre... ¡Debe prevalecer la Ley de humanidad sobre la Ley escrita!—gritó con coraje.

Pero el Comité dictó la sentencia de muerte.

—La República pide la vida de esta mujer, por el asesinato del ciudadano Marat.



—Vida por vida, decís vosotros, jueces...

Entonces el pueblo sangriento y feroz, clamó:

—¡A muerte Carlota Corday!

Julieta de Marny, arruinada y privada de cuanto amaba, no tenía otra herencia que el juramento contraído, y para prepararse a cumplirlo aprovechó el juicio de Carlota Corday

para asistir a él y conocer a Pablo Déroulède.

Sir Percy Blakeney había fundado la Liga de *La Pimpinela Escarlata*, formada por hombres dispuestos a exponer sus vidas en defensa de las desgraciadas víctimas del Terror.

Pablo Déroulède y sir Percy eran amigos desde que se conocieran, y una vez, avisándole Pablo oportunamente por escrito, escapó, de una buhardilla donde había ido para reunirse con sus correligionarios, a las garras de los soldados del Comité revolucionario.

Sir Percy no escapó por una ventana ni se ocultó en parte alguna, ni mucho menos; ligóse de cuerpo y manos, amordazóse él mismo, y se echó al suelo, pues apenas recibida la noticia de Déroulède llamaron a su puerta "en nombre de la República".

Los soldados tuvieron que echar la entrada abajo, y como vieron a un hombre en tierra, inmovilizados sus movimientos, supusieron que era una víctima de la Pimpinela Escarlata, y convencieron de ello al leer un escrito que encontraron cerca de él.

Esa nota decía:

"Le buscan aquí, le buscan allí. No le encuentran en ninguna parte. ¿Está en el cielo? ¿O está en el infierno esta maldita astuta Pimpinela?"

Una flor de pimpinela atravesaba el centro de ese irónico texto.

—Díganos; el de la Pimpinela Escarlata ¿por dónde se ha ido?—preguntáronle los soldados al propio sir Percy.

Este hizo un gesto indicando una ventana, y tan pronto se vió libre de enemigos, huyó, aunque con algún trabajo, jugando habilidad y astucia.

El discurso de Déroulède pidiendo gracia, que no halló eco en el Tribunal, no conmovió tampoco el corazón de una muchacha desconocida para él: Julieta Marny.

La señora Déroulède, madre de Pablo, emblema de la virtud y bondad, consolaba a su hijo por su derrota, y a las maternales palabras se unían las ternuras de Ana Mie, una huérfana criada en la familia Déroulède y devota esclava de Pablo. Su gracioso rostro contrastaba dolorosamente con su cojera.

El odio prestaba a Julieta una habilidad nada común. Así imaginó el medio de introducirse en casa de Déroulède, estrechamente guardada por sus terribles admiradores, en su mayoría mujeres.

—¡Dejad pasar... harapientas!

—¡Alto ahí... la remilgada!

—Mirad qué ropas lleva.

—Son encajes demasiado bonitos para estar escondidos... Ahí están mis piernas ¡al descubierto!

—¡Por lo sucias!

—Ya verás tú cómo sabemos nosotras lucir tus sedas... y cómo te dejamos el moño.

—¡Socorro!... ¡Socorro!

El propio Déroulède acudió a la demanda de auxilio y le franqueó la puerta a Julieta.

Esto era lo que ella había previsto insultando a las mujeres revolucionarias.

—¿Estoy... en la casa del señor Déroulède? —preguntó Julieta a la madre de él.

—En efecto. Cálmese usted.

Pablo aconsejaba prudencia a los revolucionarios que guardaban su casa, y consiguió apaciguarlos.

Ana se puso muy contenta ante ese resultado, y Julieta no pudo menos de decirle a la cojita:

—¿Está usted enamorada de él, señorita?

—Le quiero... como a un hermano. Si le sucediese una desgracia me moriría.

Déroulède apareció, y dijo a Julieta:

—Temo que tendremos que retenerla un día o dos. Sería peligroso para usted salir ahora.

—Imposible, señor...

—¿Por qué, señorita?

—No puedo dejar abandonada a mi vieja nodriza Petronila. Es el único ser querido que me queda, después de que mi hermano murió en un desafío y mi padre del pesar que le produjo.

—Mandaré por ella; si usted tiene la bondad de decirme su nombre de usted.

—Me llamo Julieta Marny.

Pablo recordó ese apellido, lo que Julieta le dijera acerca de su hermano, y convino en que este hermano no era sino el vizconde de Marny a quien él, obligado por las circunstancias, matara en duelo.

Ocultando su sorpresa, aunque no lo bastante

para que Julieta no la viera, Déroulède respondió:

—Señorita, cuanto pueda hacer por usted será para mí la mayor satisfacción.

—Señor Déroulède, procuraré pagar como merece cuanto a usted le debo.

Pablo dijo luego a la huerfanita, mientras la señora Déroulède se interesaba sinceramente por Julieta:

—Se buena con ella, Anita; ha sido demasiado desgraciada.

La paz y la exquisita bondad que la rodeaban, en casa de Déroulède, hacían a Julieta infiel a su juramento.

Pablo, al cabo de algunos días de permanencia en su casa de la desamparada, y cuya estancia en ella decidió alargar lo más posible pues seguían los revolucionarios custodiando su morada, dijo a la joven:

—París no es seguro para usted. Si sale de aquí es de temer que esos inconscientes la sigan y la maltraten. He pedido a mi amigo sir Percy Blakeney (Pimpinela Escarlata) que arregle su traslado a Inglaterra, con garantías de seguridad.

—¡Oh, gracias, pero... no puedo, no debo marcharme!

Estas palabras hicieron concebir a Pablo, un pensamiento engañoso, totalmente opuesto a su verdadero sentido.

—Estará enamorada de mí—pensó.

Y esa idea le era agradable, e iba a demos-

trárselo a la interesada, a quien se acercó hasta rozarle el cuerpo, mas la visión, entre las manos de Julieta, de un rosario, le detuvo en su intento.

—Es el rosario de mi hermano, que me fué dado a su muerte.

Pablo pensó que Julieta se mostraba indiferente a su sentimiento, y que tal vez su gesto de pasión la había disgustado. Y le dijo:

—Mi presencia aquí, no la molestará a usted más; he aceptado el cargo de gobernador de la Conciergerie.

Julieta no le respondió.

A poco llegó sir Percy, entrevistándose a solas con Pablo.

—Le llamé a usted para pedir el concurso de *La Pimpinela Escarlata* para facilitar la fuga de la Reina.

—¡ Un Diputado Republicano, desea la fuga de la Reina! ¿ Por qué?

—Porque no puedo soportar más la visión de tanta sangre derramada. Si la Reina halla seguro refugio en Inglaterra, mi desgraciado país logrará, al fin, la ansiada paz.

—Es una razón.

—¿ Puede usted hacerlo?

—Mi querido amigo, *La Pimpinela Escarlata* no admite la palabra imposible.

—La Reina puede ocultarse bajo un disfraz.

—Eso no; de ningún modo.

—Si otros han huido disfrazados, ¿ por qué no la Reina?

—Porque a la Reina no podemos llevarla

en una carreta y amontonar hortalizas encima de ella, tal como rescatamos, no ha mucho, a una Condesa y ¡ había que ver cómo salió de allí debajo, la pobre!

Pablo abrió un *secréttaire* y sacó de él una cartera comercial con documentos de gran valor.

—Aquí están los pasaportes en regla para cualquier carácter que la Reina se vea forzada a asumir—dijo a sir Percy.

Pero éste no le escuchaba. Sus ojos miraban hacia un cortinaje que se movía.

Julieta había espiado la conversación de los dos amigos, e involuntariamente tocó con sus manos el cortinaje detrás del cual apostárase.

En el momento en que sir Percy iba a levantarse sigilosamente para ver quién se hallaba oculto detrás de aquél, Julieta apareció ante los dos hombres, y con pasmosa naturalidad preguntó a Pablo:

—¿ Sabe usted si la señora está arriba?

—Me parece que sí; allí la dejé hace un momento.

Julieta se fué, y entonces sir Percy advirtió a su amigo:

—Creo que sería mejor que yo mismo guardara estos papeles extraordinariamente comprometedores.

—No tema, los guardaré yo aquí. Adivino que sospecha usted de la lealtad de la persona que acaba de salir, pero sus temores son infundados.

—Como usted quiera.

Prosiguieron, los dos amigos, la entrevista, y despidiéronse al caer la tarde.

Pero la noche, cuando todo el París del Terror dormía, no llevaba la paz a Pablo ni a Julieta, los cuales luchaban entre el Amor y el Honor.

Pablo quería hablar a Julieta de su amor, pero el honor le exigía que se confesase el matador de su hermano.

Por su parte, Julieta, después de dolorosa vacilación, se dispuso a cumplir el juramento que hiciera a su padre para vengar la muerte del querido hermano, y salió de la casa para perder a Déroulède denunciándolo al Comité de Salud Pública.

Anita fué testigo de la ingratitud de Julieta, y apresuróse, ya que no pudo evitar la traición, a ir a enterar de lo que ocurría a sir Percy, cuyo domicilio particular sabía.

—¡Sir Percy, Julieta Marny ha vendido a Pablo! Mis dudas no me engañaron. Acaba de depositar, en el buzón de sospechosos del Louvre, una acusación contra él.

—¿Es posible?... Esa mujer...

—Prométame que, sin perder momento, tomará usted las medidas necesarias para contrarrestar los efectos de la acusación.

—¡No tan de prisa! Un terrier, cuando pierde su templanza, nunca caza el ratón.

—Cuando menos puede usted prevenirle. Usted es su amigo y dará oídos a sus consejos.

—Es inútil prevenir a un hombre contra la mujer que ama.

—Pero usted le salvará. ¡Es necesario que usted le salve!

—Váyase tranquila, Ana, que *La Pimpinela Escarlata* no olvidará que por la vida de un amigo todos deben arriesgar la suya.

Entretanto, en el seno del Comité de Salud Pública, recibíase la denuncia de Julieta.



—¿Es posible?... Esa mujer...

Merlin, Diputado ciudadano, el más encarnizado enemigo político de Déroulède, leyó la traición de Julieta con aire de triunfo.

Decía aquélla:
El nuevo Gobernador de la Conciergerie, Pablo Déroulède, es un traidor a la República.

En su casa tiene preparados los planes para procurar la fuga de María Antonieta.

Uno que lo sabe

—¡Al fin!—exclamó Merlin.

El acusador público Tinville opinó.

—Debemos obrar con cautela y no proceder contra él, más que con pruebas concluyentes. El populacho, para quien es persona sagrada, nos impediría poner las manos sobre él.

—¡Esta mi ocasión! Yo seré el chacal que hunda sus colmillos en el cuello de ese zorro astuto. La escritura es de mujer; se trata, seguramente, de alguna amiga despechada...

De regreso en el hogar de los Déroulède, Julieta, presa de remordimientos y dolorida porque en su corazón había nacido el amor para Pablo, decidió abandonar la casa cuya generosa hospitalidad había tan cruelmente traicionado.

—Me procuraré unos pasaportes para Inglaterra—dijo para sí.

Pero no pudo dar un paso más, y desahogó su pena en llanto.

Pablo la sorprendió llorando, y como la viera vestida de calle, inquirió la razón de ello.

—¿Iba usted a dejarnos?

—Sí... quería marcharme... pero me sentí desfallecer...

—Serénesse, Julieta. ¿quiere usted entrar en mi estudio y descansar allí un momento?

Julieta obedeció automáticamente.

—Voy a renunciar a mi cargo de Gobernador de la Conciergerie—prosiguió Pablo. ¿No me

desea usted que Dios me dé buena suerte, señorita?

Julieta no contestaba... no podía.

—Julieta, he de hablarle... Usted ha hecho de mi vida, durante estas semanas, un paraíso y una tortura... La amo, Julieta, la amo y toda mi felicidad depende de verme correspondido.



—¿No me desea usted que Dios me dé buena suerte, señorita?

Pero... no... Es un sueño irrealizable... ¡Este amor es maldito desde antes de nacer, pues... ¡Yo soy quien mató a su hermano!

—¡Oh!—exclamó Julieta desesperada.

—Yo no quería; se lo juró por mi honor...

fué él quien me obligó. Sir Percy puede asegurárselo a usted, pues el presencié el doble duelo.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Madre de las Mercedes!— murmuraba Julieta reconociendo el error que cometiera traicionando a Pablo.

Este, ante la actitud de la joven, iba a insistir en sus protestas de sincero amor y en la justificación de su inculpabilidad en la muerte del Vizconde, pero en este instante Merlin y varios soldados penetraron en la casa a la orden de “¡Abrid, en nombre de la República!

Pablo no sospechó ni remotamente la traición de Julieta, y se adelantó a recibir al sanguinario enemigo:

—¿Qué le trae a usted aquí?

—Ciudadano Déroulède; vengo a ver qué traición se está maquinando en esta casa.

—¡Qué dice usted!...

—Se ha recibido un anónimo, que denuncia a usted como poseedor de ciertos planes y documentos, para facilitar la fuga de María Antonieta.

—¡Es una calumnia!

Instintivamente, al percatarse del peligro que corría si la cartera con los pasaportes cayese en manos del Comité de Salud Pública, Pablo la tomó del *secrétaire* y la ocultó apresuradamente debajo de unos cojines de un sofá.

Julieta vió la operación de Pablo, y dispuesta a corregir su mala acción con una noble, sentóse encima de tales almohadones, para ocultar

con mayor seguridad la cartera comprometedora.

Merlin dió instrucciones a sus soldados para que registrasen toda la casa, y al pasar por delante de Julieta, desconocida para él en la casa de su enemigo, preguntó quién era...

—Mi huésped, la ciudadana Julieta Marny— contestó Pablo.

—No es necesario preguntar quién escribió el aviso, pero si no se encuentran las pruebas, caerá sobre usted el rigor de la Ley.

Julieta midió de una mirada a Merlin y encojióse de hombros.

Luego, aprovechando la ausencia de los enviados del Comité de Salud Pública, que registraban otras habitaciones de la casa, Julieta escurrióse a una de las piezas superiores, y allí, vaciando de papeles peligrosos la cartera que se llevara consigo, prendió fuego en ellos en el hogar de una chimenea.



El registro de los revolucionarios no obtuvo resultado favorable.

Pablo estaba tranquilo, pues Julieta le murmurara al oído, que había quemado los documentos.

Pero Anita, deseosa de desenmascarar a Julieta a los ojos de Pablo, dijo a éste, mientras él agradecía con la mirada el favor que le hiciera su pretendida:

—El ciudadano Merlin me dió esto, por si podía reconocer la letra.

Julieta tembló toda, poseída por el temor de verse descubierta, y bajó los ojos.

—Pero, si aquí no hay nada escrito...—contestó Pablo, sorprendido.

Entonces Anita señaló discretamente a Julieta, cuya actitud la delataba, y añadió:

—¿Verdad que no? En sus ojos tampoco y... ¿no lee en ellos la prueba de su traición?

Pablo comprendió... pero pudo más el dolor y el amor que el desengaño.

No se le ocultaba al noble Déroulède que Julieta había obrado en venganza de su hermano, antes de saber que él lo matara muy a pesar suyo.

Y no salió de sus labios el más ligero reproche, y sólo tuvo para la traidora miradas de compasión.

Merlin, despechado por el fracaso de su registro en la casa de Pablo, tuvo que decir a éste, adoptando un tono de voz absolutamente contrario al que hubiera deseado emplear:

—Me congratulo comunicándole que no se ha encontrado nada. No obstante, el Comité requiere su presencia inmediatamente.

La madre de Pablo y Anita, se estrecharon contra su pecho, y Julieta, arrepentida, sufría atrozmente.

Habíase marchado ya Déroulède con los soldados, cuando Merlin, convencido de que era Julieta quien enviara la carta anónima al Comité, tuvo una gran alegría al recibir de ma-

nos de uno de sus soldados un montón de cenizas humeantes.

—¿Qué es esto?—preguntó acusador a Julieta.

—Cartas de amor, que he quemado—respondió ella con firmeza.

—¿Del ciudadano Déroulède?



La madre de Pablo y Anita, se estrecharon contra su pecho, y Julieta, arrepentida...

—No!

—Así tenía usted otro amante, y quería evitar que el ciudadano Déroulède procediese contra él. Por eso le denunció usted; para quitárselo de en medio. ¡Así, también, cuando es-

cribió usted la denuncia, sabía que él era inocente! Esto está clarísimo. Queda usted detenida. Con el Comité no se juega impunemente.

Julietta se acercó a Anita, que no la rechazó, y le dijo:

—Dígale usted a Pablo que me perdone... que era un juramento. Mi padre me hizo jurar tomar venganza, cuando Pablo mató a mi hermano, pero... ¡expiaré!

Anita, al descubrirse la verdad, afligióse mucho, y lloró por haber tratado tan duramente a Julieta.

La madre de Pablo también la recibió en sus brazos, en prueba de perdón, y tras esto desapareció con Merlin.

La causa contra Déroulède fué suspendida por falta de pruebas, pero cuando regresó a su casa, y al preguntar por Julieta se enteró con vivo pesar de su detención.

Anita abogó por Julieta.

—Merlin encontró unos papeles quemados que ella afirmó que eran cartas de amor. Mintió para salvarle... porque le ama a usted, Pablo. Nos ha suplicado, de rodillas, que le dijésemos a usted que obró obligada por un juramento de venganza por la muerte de su hermano, pero que expiará.

—¡Desgraciada! Expiará con su vida. Es la justicia de esos canallas; abreviar al pueblo con sangre.

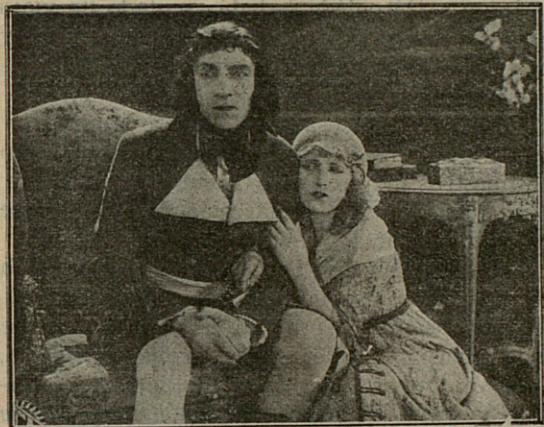
Sir Percy llegó en aquel instante y supo lo ocurrido poco antes en casa de su amigo.

—¿De modo que fué la señorita Marny, de

cuya lealtad no se podía dudar, quien le traicionó a usted?—objetó a Pablo.

Mas éste le cortó el reproche así:

—Sir Percy Blakeney, está usted hablando de la mujer que yo amo, de la mujer que se sacrifica por mí... de la mujer a quien he de salvar, a costa de mi propia existencia.



—... Mintió para salvarle... porque le ama a usted, Pablo.

—Perdón, amigo mío...

—Ayúdeme a llevar a mi madre y a Ana fuera del país y luego procuraré por Julieta, cuando me haya hecho condenar en su lugar.

En la incipiente República, no era costumbre

guardar mucho tiempo a los detenidos sin someterlos a juicio.

Merlín dijo a sus camaradas del Comité:

—Déroulède defiende a Julieta Marny... Es un traidor, y si sabéis darle cuerda con habilidad, él mismo se ahorcará.

La sala del Tribunal estaba atestada de público.

Junto a Déroulède se había sentado un viejo revolucionario, cabecilla de gran elocuencia, y partidario de mandar a la guillotina a todo infiel a la causa popular.

De él dijo el acusador público a Merlin.

—Según mis informes, este es Lenoir, uno de nuestros mejores instrumentos en el Norte.

El juicio contra Julieta comenzó a celebrarse en medio de una gran expectación.

—Julieta Marny es acusada de calumnia contra un representante del pueblo y, además, de corrupción de la moral pública. Releva de toda prueba el que, según propia confesión, acusó en falso al ciudadano diputado Déroulède y que se reconoce, también culpable de relaciones inmorales con personas desconocidas.

—Yo soy una de las personas desconocidas—dijo el viejo Lenoir mofándose de Déroulède.

Rióse el pueblo, y fué milagro que Pablo no descargara su furor sobre la cabeza del osado. La prudencia se imponía ante todo.

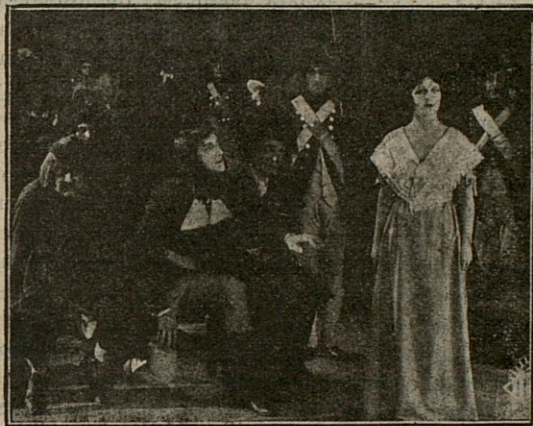
El acusador público expuso sus conclusiones:

—En nombre de la República pido que esta mujer sea vestida con ropas sucias y harapien-

tas, como emblema de su alma, y que sea azotada públicamente y, finalmente, condenada a cadena perpetua. Ciudadana Marny, ¿tiene algo que alegar?

—No tengo nada que decir—respondió Julieta.

Déroulède tomó la palabra para defenderla.



—No tengo nada que decir.

Merlín era todo oídos.

—La ciudadana Marny no tiene nada que decir, porque me ha confiado a mí su defensa. Ante todo, los documentos no pertenecían a la acusada, sino a mí... Eran papeles comprometores y fui yo quien los destruyó. Pero la ciudadana Marny declaró que eran cartas de

amor, que revelaban sus relaciones ilícitas con otros hombres... Ciudadanos amigos; a vosotros me dirijo, ante quienes ninguna causa de gracia es defendida en vano... Esta inocente joven descubrió que yo preparaba algo que a sus ojos representaba una traición, y se halló en el trance más doloroso que pudiera imaginarse, porque me amaba... Su primer impulso fué el de una verdadera francesa: denunciarlo, costase lo que costase... Pero vió, arrepentida, que arrastrada por su gran amor a Francia, había traicionado al hombre que amaba... y mintió, para atraer sobre ella el castigo que me pudiese corresponder... Mintió para salvarme, dispuesta a arrostrar un estigma mil veces peor que la muerte... Ciudadanos... ¿es esto un crimen? Con la mano puesta en el corazón decíme si en lugar de estar en la barra de los acusados, no merece lo puesto de honor entre los grandes patriotas.

Así habló Déroulède, a pesar de querer oponerse a ello Julieta.

El pueblo, entusiasmado por la brillante defensa del gran ciudadano, clamó:

—¡Libertad a la ciudadana Marny!

El acusador público preguntó a la defensa:

—Ciudadano Déroulède, si la acusada es inocente, ¿cómo fué a parar la correspondencia a su habitación? Y ¿cómo fué encontrada esta cartera oculta entre sus vestidos?

—¡Es falso!—gritó Pablo.

—Pruebas, ciudadano, pruebas.

Julieta declaró:

—Afirmo que eran cartas de amor.

Lenoir, indignado, dijo al pueblo:

—¡Ciudadanos! ¿No veis la comedia que estos traidores están representando?

Un murmullo general acogió estas palabras.

—Salgamos. Dejemos a estos amantes, con los jueces, y que siga la farsa legal... Cuando ellos hayan concluído, empezaremos nosotros y haremos justicia seca—añadió Lenoir.

Y las masas obedecieron al vigoroso viejo de elocuente palabra.

* * *

El pueblo aguardaba, en la calle, que era su dominio, el resultado del juicio y el ciudadano Lenoir, en pintorescos discursos, procuraba hacer comprender a los revolucionarios su especial punto de vista en esa cuestión.

Entretanto, el Tribunal acordaba sentenciar a Julieta y a Pablo a la pena de muerte, convencido de interpretar así la sed de justicia del pueblo que alentaba eficazmente el viejo Lenoir.

Dictada la sentencia, se iba a proceder al encierro de los detenidos, cuando unos soldados entregaron esta orden previsoramente a los que custodiaban a aquéllos.

Por orden del Comité:

En vista de la creciente excitación de las masas, los detenidos Pablo Déroulède y Julieta

Marny serán entregados al portador, para su seguro traslado a la cárcel del Temple.

Marlin.

Ciudadano Diputado.

El pueblo reclamaba a los traidores, y al enterarse de que los conducían al Temple quiso cerciorarse de ello, y echó a correr en dirección a esa cárcel.

En camino vieron a varios soldados tendidos en el suelo, al parecer mal heridos, y Lenoir, sospechando que alguien había preparado la fuga de los condenados a muerte, preguntó cólerico a uno de los soldados:

—¿Dónde están los dos detenidos? ¿Quién os salió al paso?

—Nos han atacado unos desconocidos, que los han soltado y han salido corriendo en dirección a las puertas de la ciudad.

—¡Corriendo... a las puertas! gritó Lenoir a las masas.

Pero Julieta y Pablo no estaban lejos.

Junto al lugar donde el pueblo encontrara a los soldados en el suelo, había un mesón.

En él se encontraban los condenados por el Tribunal.

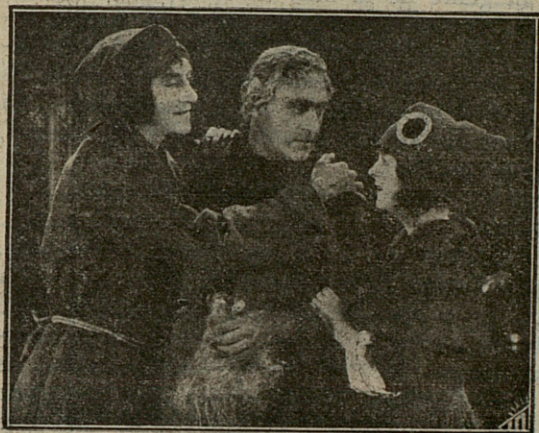
Un soldado los había empujado allí, y entregándoles ropas de revolucionarios, habíales obligado, cada cual por su parte, a cambiárselas por las suyas.

Una vez disfrazados de esa suerte, Julieta y Pablo salieron de los respectivos cuartos en que verificaran esa transformación, pero ape-

nas lo hicieron, Lenoir, apareciéndoseles como por encanto, exclamó:

—Conque... ¿disfrazados, eh?... ¡El pueblo, que aguarda ahí fuera, dará buena cuenta de vosotros!

Julieta y Pablo se creyeron irremisiblemente perdidos.



—No esperaban ustedes esta sorpresa, ¿eh?

Pero...

—Casi he olvidado mis buenas maneras; perdone, señorita, comprendo que mi traje de tarde está lejos de ser irreprochable—dijo Lenoir, irguiendo su encorvado cuerpo, quitándose los postizos, y apareciendo el apuesto sir Percy.

—Sir Percy, querido amigo!—dijo Pablo, asombrado, abrazándole.

Julietta imitó a Pablo, loca de alegría.

—No esperaban ustedes esta sorpresa, ¿eh? He tenido la suerte de que fueran condenados, porque así han caído en mi poder, como tenía preparado. Los soldados que los han conducido eran gente de la mía. No podía salvarles de otra manera. Ahora, huyamos. El pueblo regresa de su infructuoso registro por estas calles en busca de ustedes precisamente y de los que les han ayudado a huir. Mezclémonos con el populacho. Es el único medio de escapar, vivos, de París.

Así lo hicieron y así se salvaron todos.

Mientras en París continuaba, incansable, la guillotina segando cabezas, la aurora hacía visibles a los ojos los fugitivos—con los que iban la madre de Pablo y Anita, avisados oportunamente por sir Percy,—los peñascos de aquellas costas hospitalarias, que han sido siempre refugio de desterrados, y en tanto que los demás miraban a Inglaterra, la enamorada pareja se acariciaba con los ojos, y soñaba con la felicidad de que iba a disfrutar.

FIN

(Prohibida la Reproducción)

PRÓXIMO NÚMERO

LA PRIMOROSA NOVELA

GORRIÓN DE CIUDAD

Delicado asunto, interpretación
a cargo de la simpática estrella

ETHEL CLAYTON



POSTAL - REGALO :

J. Warren Kerrigan

LA NOVELA FILM sale todos los
Martes en toda España

10 fotografías • 40 páginas

Publicación
— Selecta — **PRECIO: 30 CTS.**

Colecciones completas y números
sueltos atrasados a precios corrientes,
de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL
ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.
Barbara, 16 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España

ÚLTIMO GRAN ÉXITO DE LA
BIBLIOTECA FEMENINA
DE LA
NOVELA FILM

Los Diez Mandamientos

Lo más grandioso que se ha filmado.
Asunto altamente senti-
mental de positivo triunfo

Resonante éxito en el Suntuoso
COLISEUM, de Barcelona

112 PÁGINAS 30 FOTOGRAFÍAS
PORTENTOSA TRICROMÍA
PRESENTACION A TODO LUJO


PRECIO: 1 PESETA

Pida esta novela en todos los kioscos
y librerías de España y América. Si
no la encuentra, espere nuestra
reimpresión


Recuerde los anteriores volúmenes de
esta Biblioteca

LA MENDIGA DE SAN SULPICIO

LA MADONA DE LAS ROSAS




SUPLICADO



La Dirección de esta novela recomienda a sus distinguidos lectores que compren, en cuanto salga, el número-almanaque de **La Novela Semanal Cinematográfica**, nuestra compañera, que aparecerá dentro de breves días.

Auguramos un rotundo éxito a dicho número de fin de año, con el que se regalará un vistoso álbum.



• NÚMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Regalo
1	Los Guapos o Gente brava	El joven Medardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Zenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Dering, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Meighan
8	Heliotropo	Bebé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Ethel Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El Indomado	Vivian Martin
13	Cómo aman las Mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguetes del destino	Lucienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (Especial)	Mary Miles Minter
19	De florista a millonaria	Dustin Farnum
20	El Crimen del Millefleurs Palais	Bessie Love
21	La coqueta irresistible	Ramón Navarro
22	El secreto profesional	Mabel Normand
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	¡Valiente Luna de miel!	Lois Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonio Moreno
26	El Detective	Pearl White (Perla Blanca)
27	El martirio del vivir	William Farnum
28	Odette (Especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del Abismo	Georges Biscot
30	El milagro de Lourdes	Agnes Ayres
31	El Caballo de Carreras	Douglas Fairbanks
32	Sn Señor y Dueño	Constance Talwadge
33	La Madrecita	Rodolfo Valentino
34	La Pimpinela Escarlata	Shirley Mason

